

Querido Pepe... digo Pedro: respondiéndote a la carta que me diriges... Pero aguardate un poco: te trato con esta llaneza, porque, si no mienten las señas, no eres un Pedro Sánchez de tres al cuarto, ni tampoco el excelente sastre de la calle de la Compañía, ni siquiera cierto quinto asturiano del último reemplazo, y cuyo número fué á pedir ayer á la comandancia militar un deudo tuyo y muy amigo mio, porque los Sánchez de tu nombre abundan como la ruda. Siendo, pues, el Pedro Sánchez que yo presumo, no puedes, en buena justicia, quejarte del tratamiento que te doy, ni yo debo valerme de otro más ceremonioso sin desprestigio de los fueros de la jurisdicción espiritual que tengo sobre tí. Y vamos al caso.

Respondiendo, repito, á la carta que me diriges y he visto impresa en la última Miscelánea de EL ATLANTICO, dígame ante todo que para los aparentes fines que en ella persigues, no has elegido el más recomendado de los procedimientos. Y llamo aparentes á esos fines, porque los verdaderos, que yo he leído entre renglones, no pasan de un honradísimo ardid para sacarme media docena de cuartillas con qué llenar un vacío en la hoja literaria de aquel periódico. Sea de esto lo que fuere, insisto en que al enderezarme la pregunta que me enderezas, has desaprovechado la mejor de las ocasiones para darte un poco de lustre y levantarme á mí dos codos sobre la talla de los simples mortales. Esto lo hubieras logrado sin más trabajo que imitar á los Menchetas del día; cada uno de los cuales, sin otro privilegio que el de llamarse reporter, está autorizado para interrumpir la comida y hasta el sueño de los hombres de pró, sentarse familiarmente á su lado y someterlos, dócil y minuciosamente, á un interrogatorio, con la candorosa intención de publicar en seguida la sentencia, para que las gentes se enteren de los secretos íntimos de la conciencia de un hombre de Estado, de las conspiraciones que fragua un agitador famoso, ó de los disgustos domésticos de un artista denota, ó de las trampas que tiene y no piensa pagar un pródigo á la moda, ó de los crímenes que no ha querido declarar á la justicia, ni á Dios, uno de nuestros más distinguidos facinorosos: porque ya hemos convenido en que un reporter nada le es negado, y todo le es permitido.

Pues figúrate el pisto que nos hubiéramos dado tú, EL ATLANTICO y yo, si en lugar de la carta del lunes publicas una indagatoria acerca de mí, y aparezo yo en ella como en idénticos casos Lord Gladstone, Mr. Grevy, Lagartijo, el cura Galeote, el Rey de Baviera, Bismarck, Saca-Mantecas ó Ruiz Zorrilla; tú preguntando con la sagacidad de un juez viejo en el oficio, y yo respondiéndote con el correcto laconismo de los grandes reos; porque habrás notado que en esos interrogatorios que publican los reporters, trátase en ellos de estadistas de cuenta ó de príncipes desposeídos, ó de artistas vulgares, ó de tunos de encrucijada, siempre los interrogados resultan conceptuosos, correctos y profundos.

He aquí cómo yo me represento el caso. Me pides una audiencia, ó te la tomas sin pedirla; pero cuentas á tus lectores que me la has pedido, y en qué postura me hallaste, y cómo es mi despacho y lo que se ve desde su balcón. Después, cotejando fechas, hablamos del año pasado; cómo y en dónde nos vimos, bastante lejos de aquí; refresco y oro mi memoria con los hermosos recuerdos de aquellos breves días, de aquellos pintorescos lugares y de aquellos inolvidables amigos; después sumamos los meses pasados, doce cabales, y luego las desdichas, las tristezas y las contrariedades que en tan corto tiempo han llovido sobre uno y en derredor de uno y hasta sobre la haz de la patria entera. Filosofamos un poco acerca de la instabilidad de las cosas terrenas, y de la triste condición del espíritu humano que con un soplo se eleva y se cierra risueño y jugueteón en el espacio, y con otro soplo se despeña, se encoge y amilana; y como los dos, es decir, tú y yo, tenemos, á Dios gracias, ojos para ver y corazón para sentir, al tratar estos particulares, preguntas y mis respuestas y las reflexiones de entrambos, son algo descomedidas y vulgares, como siempre que la frase se ajusta fiel y espontáneamente á la retórica del corazón; motivo por el cual tampoco se distinguen por lo elegantes ni por lo correctas las palabras que yo he dedicado después, al variar de tema, á tus triunfos universitarios y á tus gallardas empresas de literato.

Pero, al fin, esto se acaba, tú recuerdas que has venido á verme como reporter, te pones en carácter, es decir, nos ponemos los dos, y con los mismos ingredientes empleados en tu carta del lunes y los que en ella me pides, resulta una ensalada por el estilo de la siguiente:

—Hace un año que las letras españolas gimen por el silencio de V.
—Año y medio, si te parece.
—Es igual para el caso.
—Hay, por mí cuenta, seis meses de diferencia, y ese pico es demasiado tiempo cuando se trata de huelgas del ingenio.
—Y ¿por qué le ha dejado V. holgar así?
—Porque no he podido evitarlo.
—Ó porque V. no se ha propuesto lo contrario.

—Házmelo bueno, y te regalo la primera toga que vistas en esta Audiencia.

—Muchas gracias. Por de pronto, V., como novelista, no se pertenece á sí propio.

—Otra afirmación que no probarás con toda la jurisprudencia que has engullido hasta la hora presente.

—Vamos por partes, si V. me lo permite.

—Vamos por donde tú quieras, y adonde te acomode.

—¿Por qué no ha publicado V. ningún libro en año y medio?

—Porque no he podido, ya te lo he dicho; porque en todo ese tiempo no ha pasado un alma.

—No sé qué quiere V. decirme con eso.

—Quiero decir que durante año y medio no me ha cruzado por la mollera un mal pensamiento novelable; un rayo de luz, algo de eso que sin tener forma ni color bien determinado, excita y enardece el cerebro, y cuando se agita dentro de él, nos obliga á cerrar de prisa todas las ventanas, y á exclamar con regocijo, «ya te pesqué».

—Pero cuando esas cosas no pasan, debe V. salir á buscarlas.

—Esas cosas, Pepe, digo Pedro del alma, no se buscan, y si se buscan no se hallan. Esas cosas se imponen ellas por su propia virtud. Si el horno está frío, ¿de qué te sirve meter en él la masa para pasteles?

—Es que yo niego que el horno de V. está frío.

—Y hasta con grietas, que es peor, de un tiempo acá: amenazando ruina.

—¿Un año y medio?

—Acuérdate de lo que hemos filosofado sobre lo acontecido durante el curso de esos dieciocho meses, añade la consideración de que en estas apacibles comarcas, y por lo que al arte toca, toda la vida hay que sacarla de los propios jugos, y echa la cuenta.

—Pues por la mía, y precisamente con la fuerza de esas mismas razones, entiendo yo todo lo contrario. A grandes males, grandes remedios; contra las oscuridades del espíritu y los desfallecimientos del ánimo, la luz y la vida del arte.

—Santo y bueno, si eso fuera posible; pero no lo es.

—¿Qué no lo es?

—No, y no me escandalizo de que lo dudes, siendo, como eres, casi del oficio, porque por la edad que tienes y la vida que traes y las aficiones que te arrastran, las contrariedades y las tristezas que te corresponden, se dejan sentir en tí como el viento en las hojas: las toca y se abaten; pero pasa, y se yerguen tan lozanas otra vez. Ya verás á qué saben, y lo que pesan y lo que duelen y lo que ahondan las tristezas y las contrariedades que se dejan caer, á cada vuelta de esquina, á la edad de las canas y de los hijos y de los grandes cuidados de la vida. Por eso no he creído, ni tú creas jamás, en la sinceridad de un dolor llorado en una elegía bien hecha. Concédote que no todas las artes son inútiles recursos para esparcir nublados y quimeras de la imaginación; el músico tiene el teclado que le dará hechas las armonías que él sabe buscar; el pintor y el escultor, sus colores, su lienzo, su barro y sus modelos. Con esto y mucha fuerza de voluntad, no saldrá lo que se busca y se halla en horas de sosiego y de ardiente inspiración; pero saldrá algo, extraño por completo á la realidad del artista, que, por de pronto, herirá sus sentidos, y robándole la atención, modificará sus pensamientos; pero el poeta, el escritor... Una pluma torpe en la mano, un montón de cuartillas, blancas como la nieve, encima de la mesa, y el cerebro atestado de incómodas preocupaciones. Con estos elementos por todo regalo y á fuerza de poner en tortura el meollo (qué demonios ha de sacarse en limpio sin un dolor de cabeza, ó quizás una apoplejía fulminante?... Como que te aseguro que el mérito mayor que, á mis ojos, ha tenido siempre el Quijote es el de haber sido escrito este maravilloso libro con hambre y entre pleitos é ingratiitudes.

—Santo y bueno; pero ¿me permite V. quitar de esa pintura, hecha, indudablemente, sobre un fondo de verdad, lo que pertenece á la complejión particularísima del pintor?

—Te lo permito.

—Pues en ese caso, sólo nos queda la carga de contrariedades, usual y corriente entre los hombres; porque no creo que exista uno solo sobre la tierra que se vea libre de ellas.

—Concedido.

—Pues en ese caso, haga V. lo que hacen los demás que también escriben: prescindir de la carga, y á escribir.

—Justamente; como quien dice: die V. un cigarro, cálcese V. las botas; todo consiste en querer.

—No tanto; pero la voluntad obra milagros, y V. está obligado á hacer uno.

—¿Por qué?

—Porque ¿por qué paso á la segunda parte de (mi tema) porque el público lo

desea, y V. no puede desairar al público que tanto.....

—Mira, Pepe... digo, Pedro, y dejando á un lado eso que tú llamas segunda parte de tu tema, pues de otro modo nos envolveríamos el público y yo en una nube asfixiante de sahumeros, por muchos deseos que tenga el público de ver impresa una obra nueva de un autor determinado, mayores los tiene éste de escribir. Cuando oigas decir que Fulano ó que Zutano no escriben porque no quieren, no lo creas: es que no pueden: que no sopla la musa, como dice el vulgo. Ni más ni menos. Dejar de publicar un libro, ó de representar un drama por resentimientos con el público ó con la crítica, se concibe sin dificultad; pero que el novelista ó que el poeta se nieguen á escribir la novela ó la comedia que germina en su imaginación y se les mete por los ojos, aunque te lo juren no lo creas. Cree antes, y aún sin juramento, que un avaro no quiso recoger una onza de oro abandonada en el suelo. Yo no sé la carga de pesadumbres ó de distracciones que necesitan otros para echar de casa la musa inspiradora, ni si conocen algún ensalmo para recobrarla cuando la necesitan; pero te aseguro que cuando por fas ó por nefas dejas que el polvo vaya empañando la herramienta del oficio, y el horno enfriándose, cuanto más miro en el campo del arte, menos veo y mayor pesadumbre me acomete, porque, al cabo de tantos años de esas faenas, las he tomado cariño.

—Perfectamente; pero en el presente caso contamos por meses esa aridez de la imaginación, y V. se halla en lo mejor de la vida para los fines á que me refiero. Quiero decir que el silencio que yo deploro no es la muerte, sino, á todo tirar, una ligera enfermedad; la cual se cura.

—Basta que tú lo digas. ¿Con qué?

—Díce el refrán que «donde ha habido fuego, chispas quedan».

—Cenizas.

—Eso es cuando ha pasado mucho tiempo; pero cuando el fuego es reciente, como en este caso... ¿Qué apostamos á que si le revuelvo yo las cenizas del horno saco chispas?

—No te diré que no... Puede que alguna muy mortecina, muy mortecina y paliducha....

—¿Lo vé V.?

—Bien ¿y qué?

—Que soplando y soplando...

—Soplando y soplando, ¡pif! á oscuras del todo. Por eso no me atrevo ni siquiera á mirarlas.

—Y arrimando con cariño un combustible ligero, y después otro más fuerte....

—Si ya lo he hecho, hombre.

—¡Hola! ¿Y qué?

—Y nada, cada vez peor y menos lumbré.

—¿Pues eso no puede quedar así! El horno ha de caldearse.

—Si no se hunde antes. Ya te dije que tenía grietas.

—Se tapan.

—¿Con qué?

—Con cuartillas.

—Eso es: te repugna el caldo, tómate una azumbre.

—Pues hay que tomarla.

—¿Tanto empeño tienes?

—Como que pienso no dejarle á V. sosegar hasta que le vea con la taza en los labios.

—Pues mira, Pepe, digo Pedro: en lugar de enfadarme, puede que te lo agradezca; porque... de menos nos hizo Dios.

Y así sucesivamente. Con que mira qué filón has perdido para darte y para darnos tono de personajes del día, por el mal entendido interés de sacarme para EL ATLANTICO este puñadito de cuartillas, narcótico de sus lectores.

Tuyo de corazón

J. M. DE PEREDA.

GAJES DEL OFICIO.

Lo último que se le debe ocurrir á un sujeto, con instrucción ó sin ella, es el entrar á formar parte de la redacción de un periódico, siquiera sea este más ó menos local.

Nadie sabe todo lo que significa y todo lo que cuesta la confección de un diario, tomada esta palabra de su verdadera acepción, pues ya saben Vds. que también los hay de precepto, esto es, periódicos que solo se publican los días festivos y otros salicados.

Estos últimos, por supuesto, no hay que confundirlos con los riñones.

He oído siempre que el periodista debe ser un ente feliz, en lo que cabe serlo en este valle de lágrimas simuladas y auténticas.

Muchos lo piensan. Otros se lo figuran.

Pero aparte de esto, la mayoría supone que el trabajo de la redacción no es un verdadero trabajo, ó que por lo menos se desliza entre bromas y jaleo, entre carcajadas y chanzonetas de un gusto más ó menos discutible.

¡Cuán herrados viven los que tal se figuran!

Desengáñese V., me decía ayer un caba-

llero aspirante á concejal con reservas mentales, todas las profesiones de este mundo, desde la de hablar en público y escribir con soltura, hasta la de matar reses bravas y tirar de una diligencia si á mano viene, tienen en este mundo su aprendizaje y todos los aprendizajes son malos.

—V. se comprende y nos comprende, exclamé conmovido.

—Y no es que yo pretenda demostrar á V.—añadía mi interlocutor,—que el trabajo y la constancia nada pueden; pero es lo cierto que el hombre viene, ó le traen mejor dicho, á este mundo con ciertas aptitudes y ciertas aficiones, y á ellas, con ellas

—Si, de, en, por, sin y sobre ellas...

—Justamente; sobre ellas debe ejercitar su actividad y sus fuerzas. Y si no, en mi tiene V. la mejor prueba; yo creí que Dios me llamaba hácia las vías comerciales, y siguiendo ese camino he llegado á ser algo; pues créame V.: si yo no hubiera comprendido cuál era mi verdadero destino, empeñándome, por ejemplo, en ser periodista, para lo cual no tenía condiciones, no le quepa la menor duda que hoy, tanto en mi vida pública como privada, no sería más que un cerdo de la izquierda.

—Habla V. como un libro.

Y en efecto, creo firmemente que mi hombre tenía un poco de razón.

Es indudable que el escritor nace, no lo hace, como dijo no sé quién al hablar de los poetas en general, ó de un general de la clase de poetas, porque en España y gracias al cielo, también los tenemos procedentes del arma de infantería y cuerpos facultativos.

Hay hombres á quienes se les vé ir para periodistas desde su más tierna y única infancia.

En sus primeros años escriben gacetillas y artículos sobre motivos de la cocinera y demás enseres puramente domésticos.

No hace muchos días que fui de visita á una casa donde hay un nene que, según dice su padre, tira algo á poeta.

Me leyeron una oda que el chico había dedicado á una hija de la señora del tercero, en la cual ya la llamaba huri aparte de otros varios insultos.

Es de advertir que la niña es fea, poquita cosa y vizca del izquierdo.

El jóven poeta ha cometido la obra á la edad de cinco años, lo cual le exime,afortunadamente, de todo responsabilidad criminal.

Pero, en fin, estos desahogos no son los peores de los muchos que los bebés suelen tener así en el seno de la confianza.

Lo peor del caso es que llega una época en la vida del hombre, durante la cual no hay cristiano que sepa resistir la tentación de dar algo á luz, sea ello lo que fuere.

Conozco á algunos de estos escritores premonitores, que de buen grado se dejarían suspender en segundo año de latín y hasta en las dos historias, con tal de ver su firma estampada en letras de molde al pié de un artículo cualquiera, ó ya sirviendo de remate á una composición más ó menos poética destinada á ensalzar á la totalidad de su novia, si es que la disfruta, ó cuando menos á sus ojos, caso de que la interesada los use completos, lo cual que no siempre sucede.

Por fin llega un día en el que consigue meter la cabeza ó la pata en la redacción de un periódico; mas ocurre de fijo que aquel mismo día con el que tantas veces soñó y que allá en sus ensueños miraba como el primero de una era de dicha y de ventura, significa tan solo el primer paso de una trabajosa senda en la que las espigas y los tropiezos, unidos á los afanes sin tregua y á los sacrificios ignorados y sin gloria, han de ser el pan suyo de cada día.

Todo esto sin contar, por supuesto, con que el director tiene una cara de Plutón con intermitentes y el genio y los hechos al respecto de la fisonomía, y con que los dignos compañeros de redacción son cuatro sinvergüenzas dispuestos siempre á tomar el pelo y aún el tabaco al primero que les viene á mano.

Aquellas titánicas y nobles luchas sostenidas en el estadio de la prensa, en las que él pensaba ensangrentar hasta el pomo su bien templado y neófito acero, se reducen á batallar á trompada limpia con la confección de una noticia en la que solo tiene que decir que ha pasado á mejor vida D. Fulano de Tal, y á pesar de la sencillez relativa del asunto, no le es dado pasar de la frase sacramental: «nuestro antiguo amigo y hoy ya joven cadáver, etc.»

Nada diremos tampoco de tantas y tantas noches en las que tendrá que dejar de ver á la novia, por ser de precisión descifrar y dar forma á un telegrama en el que se nos anuncia que el Sultán de Marruecos ha tenido un golpe de sangre por las narices, habiendo caído el gorro por no tener á mano moquero ni cosa que se le parezca.

Ni quiera Dios tampoco que llegue un día en el que después de ver una mala corrida tenga que hacer la revista en amigable consorcio de un dolor de muelas, ni que con el final del tercer toro coincida el disparo de un fiemón con el que se sienta favorecido algunos días hace, todo lo cual, y para castigo de sus faltas sin dnda, ocurrió hace dos domingos á un amigo mio por el cual me intereso vivamente.

De las mil molestias que de puertas afuera sufre á todas horas el periodista, no hay para qué hablar siquiera.

Ayer, sin ir más lejos, se presentó en mi casa un caballero, de esos que por entrar se les conoce que no vienen con buen fin.

En efecto, después de un breve diálogo de los que la cortésia viste con sus ceremoniosos atavíos, me expuso mi hombre el objeto de su visita. Es el caso que al tal, servía en calidad de doncella una joven modelo de virtudes domésticas, y hace una temporada que no hay fuerzas humanas que la arranquen de la esquina de al lado, donde se pasa las horas muertas, charlando con un aspirante al estado perfecto.

La pretensión de mi hombre era en extremo sencilla, pues tan solo deseaba que yo denunciase por medio de la prensa semejante abuso.

—Creo, le dije por fin, que el único que en

este caso abusa es V., al pretender de mi semejante servicio.

—No lo crea V., replicó con perfecta calma el dueño ó señor de la chica, porque se me había olvidado decirle que el novio de la muchacha pertenece al Banderín, y convendrá V. conmigo en que no está bien que los soldados anden sueltos.

Escuso decir á Vds. que muy á duras penas pude convencerle de que en tal caso, la resolución del asunto correspondía al capitán general del distrito.

CERILIA.

LAS MARAVILLAS DE LA FÍSICA MODERNA.

VI.

EL MICROFONO.

Todo el mundo sabe que el sonido no es otra cosa que una sensación particular excitada en el órgano del oído por el movimiento vibratorio de los cuerpos, siempre que este movimiento pueda transmitirse á dicho órgano á través de un medio elástico. De aquí se desprende que para hacer perceptible el sonido es indispensable la intervención del aire, del agua ó de un gas cualquiera, que en sus débiles alas le lleve hasta nosotros.

El vacío es, por lo tanto, el enemigo irreconciliable del sonido. En su seno misterioso ni brilla la luz, ni existe la vida ni se difunde la onda sonora. Esta es siempre el resultado numérico de repetidas oscilaciones, comunicadas á las moléculas de los cuerpos elásticos, cuando algún choque ó rozamiento rompe su equilibrio. Si al reocorrerle baten sus círculos concéntricos las capas de aire atmosférico en cuyo medio se verifica, el sonido se hace perceptible; pero si dicho medio no existe la onda sonora no vibra, y no se oye, por lo tanto, sus rápidas oscilaciones.

Como la intensidad del sonido aumenta con la amplitud de las vibraciones de los cuerpos sonoros, hace ya muchos años que los hombres estudiosos vienen buscando el medio de reforzarle, para hacerle perceptible á las mayores distancias. Con este motivo refiere Vitruvius, en sus obras científicas, que en su tiempo ya se colocaban en los teatros vasijas resonantes, fabricadas de cobre ó bronce para aumentar la voz de los actores, y esto, que parece una cosa rara ó fabulosa, es una consecuencia legítima de las eternas leyes de la acústica.

—Si á la cuerda de un instrumento, tensa al aire libre, se la hace vibrar lejos de un cuerpo sonoro, esos ecos serán siempre débiles y apagados, por carecer sus ondas de la necesaria amplitud para robustecerle; pero si se le coloca sobre una caja armónica, como puede verse en la guitarra, en el violín ó en el contrabajo, entonces produce un sonido lleno é intenso, que es debido á que con dicha cuerda vibran al unísono la caja y el aire en ella contenido.

El primer medio que se ideó para aumentar el sonido fué encerrarle dentro de tubos de hierro, y el resultado correspondió á los deseos de su autor Mr. Biot, que hizo numerosos experimentos en las cañerías que conducen el agua á las fuentes de París.

Sabido es que la intensidad del sonido se halla en razón inversa del cuadrado de la distancia que media entre el cuerpo sonoro y el órgano auditivo, y esta misma ley sirvió para comprobar su descubrimiento á Mr. Biot, pues en los tubos cerrados hizo notar que la propagación se verificaba con una velocidad diez veces mayor que al aire libre.

Savart es también autor de un aparato por todo extremo curioso, con el cual se amplifica la onda sonora, y que consiste en recibir las vibraciones dentro de un cilindro lleno de aire á la temperatura de cuatro grados, siguiendo en un todo la ley de las cajas sonoras.

Pero todos estos estudios, y otros muchos que por conocidos no citamos, hicieron pocos progresos hasta la aparición del Teléfono, instrumento de la mayor importancia, por sus múltiples aplicaciones, si bien creemos que por sí solo no hubiese podido llegar á la altura que hoy le hallamos, á no habersele unido el Microfono, que es para el oído lo que el microscopio para la vista.

En 1879 un individuo de la Academia de las Ciencias de París, el conde de Moncel, presentó á tan dócta corporación un descubrimiento sumamente curioso ideado en la América Septentrional, y que no era otra cosa que un poderoso transmisor telefónico, puesto que aumentaba el sonido de una manera notable y digna de consideración.

Sir Hughes, residente en los Estados Unidos, era el autor de tan sencillo mecanismo, al cual había dotado de una sensibilidad tan exquisita que el leve paso de una mosca resonaba en la caja armónica como la carrera de un caballo, las pulsaciones de un reloj parecían repetidos golpes de poderosos martillos, y el más leve sonido de la voz podía oírse á gran distancia, cual si repitiesen el eco las cavidades de los montes.

El Microfono es, pues, un aparato que tiene por objeto amplificar la onda sonora robusteciéndola y dilatándola, para que á través del hilo conductor llegue á la estación de su destino tan perceptible y clara cual si la pronunciasen en aquel instante á nuestro oído.

Su construcción consiste en un prisma de madera colocado verticalmente sobre una tabla, á la cual se adaptan dos pequeños cubos de carbón, uno sobre otro, con intervalo de cuatro centímetros. Estos cubos tienen una excavación en su centro, y entre ellos se coloca una barrita fusiforme de la misma materia. Dicha barra, cuyos extremos cónicos apoyan en los agujeros de los cubos, no debe guardar una rigurosa perpendicularidad, pues en tal caso el instrumento no produce el efecto deseado, y por tanto es indispensable que descanse y se apoye en las excavaciones de ambos cubos con una inclinación más ó menos pronunciada, pero en todo caso fuera de su centro de gravedad. Dos contactos metálicos, en relación por medio de un hilo con los repetidos cubos, ponen estos en comunicación con el circuito del teléfono, en el cual se encuentra una pila Leclanché.

Las corrientes electro-magnéticas pasan de uno á otro cubo de una manera rápida, y cualquier rozamiento ó vibración transmitida á la peana inferior ó al prisma vertical altera la posición de la barra de carbón, el contacto varía, y con él la intensidad de la corriente, traduciéndose aquella variación en un sonido sumamente intenso en la embocadura del teléfono.

El Microfono se coloca sobre una almohadilla de lana para apagar las vibraciones producidas por los objetos que le rodean; y para servirse de él no es preciso, como en el fonógrafo, hablar sobre su embocadura, pues en este mecanismo la voz se oye á ocho

ENTRE BASTIDORES.

MANERA DE PROLOGO.

Pasen Vds., pasen Vds. adelante.
Porqué demostrar esa repugnancia, caballeros? Vaya, no seamos hipócritas, que bien sé yo que la mayoría de Vds. ha brujuleado en muchas ocasiones por las cajas del escenario y los cuartos de los artistas. Dicen ustedes que fué sin que se enterase nadie...

Comprendo y me explico la timidez en las señoras. Las han acostumbrado a mirar con prevención esa desventajada puerta que se para a los cómicos del público, y tras de la cual está lo desconocido para ellas; es decir, no lo desconocido en absoluto, que entonces sería la curiosidad móvil suficiente para que la cruzasen, sino algo de que tienen noticias vagas, muy vagas, y, sin embargo, bastantes para hacérselo antipático y odioso.

En su concepto, y por lo que he oído cuando él que hablaba no se dirigía á ellas, entre bastidores no existe mujer virtuosa, ni hombre honrado, ni tiene ninguno pizca de religión, ni aún de moralidad. No quisieran mis lectoras calumniar ni levantar falsos testimonios á nadie; pero han oído tales horrores de las actrices, que no es de extrañar que procuren apartarlas de su trato y tenerlas á toda la respetable distancia que sea posible.

Crean ellas que aquellos, por lo general, oscuros corredores del escenario tienen algún parecido con los del infierno, y que no se oírán allí más que juramentos, maldiciones y frases de perdición.

Señoras mías, están Vds. en un gravísimo error. Pregúntenselo, si no, exigiéndoles que sean francos, á sus padres, maridos y hermanos, que yo les aseguro á Vds. que lo saben bien, y se convencerán.

Detrás de esa puerta no hay precisamente un paraíso; pero tampoco un infierno, como ustedes se figuran: cuando más, hay un mundo pequeño, ó con mayor propiedad, una sociedad compuesta de mujeres y hombres que no son unos santos, ni ese es el camino; pero que están muy lejos de parecerse á los demonios. Por la índole especial de su trabajo, por las condiciones del medio en que viven—frase naturalista—y por otra ininidad de circunstancias, que ya irán saliendo, estas mujeres y estos hombres, que en otro oficio serían como los demás, tienen usos y costumbres, y hasta pasiones, que les son peculiares, y viven de distinta manera que el resto de la humanidad.

Además luchan con el mayor enemigo de la reputación, que es la notoriedad.

Cuando las actrices y los actores se distinguen, es decir, cuando son notables, tienen la vista del público constantemente fija en ellos, y cualquier desliz en que incurran lo sabe al momento toda la nación; pues hasta la prensa, con retenciones más ó menos ingeniosas, contribuye á propalarlo.

Y entonces la gente que vive fuera del teatro se hace la siguiente graciosísima reflexión: Púes si los principales son así ¿cómo serán los otros? Que viene á ser lo mismo que si se dijera: el ministro de Hacienda, por ejemplo, es un borracho; conque ¡si beberán los escribientes de su ministerio!

No diré yo—¿cómo he de decirlo?—que todas las actrices sean modelos de virtud, ni todos los actores dechados de honradez y caballerosidad, porque no se trata de ángeles y serafines, pero está Vd. segura, lectora pacientísima, de que las señoras y caballeros de su amistad son ellas castas esposas ó doncellas impecables, y ellos varones justos ó ciudadanos patriotas? ¿Cuántas veces habrá usted oído decir, de la manera que se les dicen á Vds. esas cosas, que Fulana no recuerda la epístola de San Pablo tanto como debiera, y que Mengano se hizo rico en Cuba, ó en otra parte, valiéndose de medios que no aceptaría una conciencia estrecha! Y, no obstante esos rumores, Vd. sigue dando besos en la mejilla de Fulana y estrechando la mano de Mengano, porque no se debe creer todo lo que se cuenta, y porque hay muchas lenguas viperinas por el mundo.

Tiene V. razón y obra perfectamente; pero ¿sería exigir demasiado pedirle á V. que juzgase á los cómicos con ese criterio amplio y benévolo que aplica á los demás?

Porque Vd. no puede formarse idea de lo que pasan las señoras del teatro. Tienen que ser amables con los abonados, y con los autores, y con el primer actor, y con el empresario, y no disgustar á nadie, ni decir palabra ni hacer movimiento que revele á un amigo preferido, porque todos los demás, heridos en su amor propio, cortesanos suyos hasta entonces, se volverían sus adversarios más implacables.

Y si en el mundo se esparce pronto una calumnia, todavía se extiende primero entre bastidores. Y se explica con facilidad: la mancha de aceite que invade un pañuelo no estropea más que la décima parte de una sábana.

La actriz lucha, ante todo, con la envidia y rivalidad de sus compañeras, que hasta de sus mismos triunfos escénicos se valdrán para deshonrarla, contando, como cuentan, con la complicidad del abonado ó del autor que solicitan favores que no les fueron concedidos, y con la credulidad del público, siempre dispuesto á pensar mal de lo que se llama despreciativa y bárbaramente la comicala.

¡Les digo á ustedes que no es vida la suya! Así que, á pesar de sus laureles, y aunque ellas mismas no se consideran dignas de lástima, harán ustedes muy bien en compadecerlas.

En cuanto á ellos, bastará con que los consideremos como á hombres, sin acordarnos de que son cómicos. A nadie se le ha ocurrido decir, que yo sepa, que todos los abogados ó todos los sastres son unos pillos. ¿Por qué, pues, lo hemos de propalar de los actores?

Siendo muy honrados y todo, lo mismo que las actrices, tienen, como expuse más arriba, defectos que les son peculiares, y relaciones entre sí distintas de las que unen á los demás mortales; y de estas relaciones y de estos defectos, y para decirlo con una frase, del género de vida que se hace entre bastidores, es de lo que se ha de tratar en esta serie de artículos, si Dios nos dá á mí vida y salud para escribirlos y á ustedes paciencia y buena voluntad para leerlos.

lantar á ustedes, que desearía no echasen en olvido. En este trabajo no se va á aludir á nadie directamente, y se pasará de listo y de perspicaz el que en los tipos que voy á tener el honor de presentar á ustedes vea los retratos de personas determinadas.

¡Nada, nada de alusiones!
Por lo demás, hablarémos, si nos dan mimbres y tiempo, del autor novel, del autor de la casa, del primer actor, de la primera actriz, de los ensayos, de los estrenos, y de todo, porque aseguro, siguiendo el similitud indicado, que hay muchos cosas que hacer.

Conque caballero, Vd. ya conoce el local y hasta á las personas que le habitan, y no tiene Vd. necesidad de que yo le guíe; pase usted adelante.

Y Vd., señora, olvide todas esas cosas que le han contado de la gente de tablas, y pase usted también. Yo le aseguro que no ha de ver ni oír nada que le escandalice...

¡Palabra de honor!
S. DE TRASMERA.

PARÍS POR DENTRO.

COSUCAS.
Montmorancy es una pequeña comarca vecina de París y que, célebre ya por sus exquisitas cerezas, pretende, á lo que parece, serlo también por la virtud y el candor de sus doncellas. Dos jóvenes núbiles han sido allí coronadas de rosas el domingo pasado; dos nada menos y en el mismo día.

Dice una cancioncilla francesa:
... C'est un vieil usage
Bon an, mal an, une fille sage
Doit comme rosiers se faire couronner;
Des fois on n'en peut pas trouver!...

que yo que, pobre de mí, tengo tanto de poeta como de obispo, traduzco, por no ser menos que los demás, en verso ó cosa que se le parezca, aunque de lejos, de la siguiente macarrónica manera:

Es ya antigua costumbre
que buen año ó mal año
mientras el sol alumbre
coronada ha de ser meza sin daño.

Y como el anterior la cosecha de vírgenes anduvo, á lo que parece, muy escasa, la Municipalidad de Montmorancy, aprovechando la buena cosecha de esta clase de frutos, ha concedido este año una medalla de plata, un billete de 2.000 reales y una corona de rosas, á cada una de las dos virtuosas doncellas que han sabido guardar incólme, durante 18 y 19 años respectivamente, el inapreciable tesoro de la candorosa virginidad.

Esta curiosa fiesta, á la que hemos asistido muchos parisienses, terminó con un magnífico baile campestre, fuegos artificiales y general alegría.

¿Desear Vds. saber en qué paran las hermosuras? Púes lean lo que siguen y lo sabrán.

En la calle de Lepic, situada en las alturas de Montmartre y una de las más modestas de París que da acceso al célebre Moulin de la Galette, se encuentra, el que por ella pasa de 3 á 5 de la tarde, con una viejecita, de mediana estatura, vestida muy pobremente, pero con cierta coquetería y con extremada limpieza, la cabeza erguida, á pesar del peso de los años, que va vendiendo horralizas.

—¡A cuatro cuartos la lechucha, á cuatro cuartos!... grita á los transeúntes; y cuando alguno se para á conversar con ella, le cuenta, sin hacerse rogar y con gran volubilidad y lujo de detalles, la historia curiosa y triste de su vida.

—Yo soy, dice, la hermosa Emilia R... la misma que se veía adúlada y festejada en los últimos años de Luis Felipe y principios del segundo imperio. Y con cierta arrogancia añade: Tal y como Vd. me vé, he comido en mis buenos tiempos en el Gran 16 (número del salón de uno de los restaurantes de moda en donde cenaban los primeros gomosos de Francia y de Navarra) huevos revueltos con diamantes que el duquecito de Morny, sentado enfrente de mí, me servía.

¡Esplendor y decadencia de las cortesanas! diría Balzac.

—¡A la pesca!... La vida ha concluido, y esto que parece á primera vista un asunto baladí y de poca monta, es, si bien se considera y analiza, un acontecimiento colosal.

Nada más curioso, en efecto, que ese tipo, eternamente cómico, que se llama el pescador de caña. El gremio de esta benemérita clase es numeroso en Francia, y más de un modesto comandante, empleado ó ultramarino retirados, esperan este solo momento con ansiedad indescriptible.

Tipico digno de estudio, en verdad, el del pescador, cargado de cañas, varas, plumadas, redes, corchos, anzuelos, gusanos, cebos; que con paso mesurado y además importante y digno, se encamina hacia las márgenes de los ríos, riachuelos, arroyos y estanques en busca de un sitio favorable en donde poder entregarse á su pasión favorita, lejos del mundanal ruido, beatamente engolfado en su arte sublime, y pasar á la sombra de un sauce horas y aún días enteros, la caña en la mano y los ojos fijos en el corcho retozón. Y lo más curioso del caso es que allí hace todo menos pescar, porque, á excepción de algunas comarcas privilegiadas y por lo general muy distantes de la ciudad, el pescador es raro, por no decir invisible, y el pobre pescador vuelve siempre á casa con las manos vacías, sin poder decir siquiera aquello de pescador que pesca un pez... pero contento y satisfecho de su jornada y dispuesto á volverla á empezar al día siguiente.

Muchas son las bromas y las anécdotas á que ha dado lugar el tipo del pescador de caña, desde la tan conocida definición de la pesca: «el acto de reunir dos imbéciles por medio de un hilo» hasta un dibujo que acaba de ver en el Diario de la Risa, pequeño periódico satírico, de mucha sal y que hace mis delicias. Ese dibujo representa varios pescadores de afición sobre el muelle del Sena, y con las cañas tendidas y un pez, entre

dos aguas, que, atravesando por medio de los insidiosos anzuelos, dice: «Bueno, bueno. Mis súbditos son que, como de costumbre, me presentan las armas cuando paso. ¡Salud, caballeros, y hasta la vista!»

¿Habían oído ustedes decir á alguien que las palabras tenían color? Nada de color político, por supuesto, pues ese ya sé yo que suelen tenerle las palabras y muy subilto en ocasiones.

El Dr. Lauret, de Montpellier, acaba de señalar algunos casos nuevos y muy curiosos del colorido en la audición. Un individuo de 50 años, oficial retirado y persona que merece entero crédito, asegura el Dr. Lauret, no oye sonido alguno sin percibir al propio tiempo un color, y cuando eye hablar ve brillar en las palabras tintes diferentes según las vocales lo que más le impresionan. Su mujer, por una caprichosa ó incomprensible coincidencia, experimenta análogas aunque contrarias sensaciones, es decir, que el marido asegura que la A es negra, la O roja y la U azul, y la mujer se empeña en que la A es amarilla, la O de color de castaña y la U lila.

¿Será cierto que sale de nuestra boca, cuando hablamos, un arco iris ó estarán lilas ambos cónyuges?

En el café y entre marseleses:
—Para darse una idea de la importancia de la casa en que estoy empleado, te diré, amigo mío, que gastamos en tinta más de cien pesetas mensuales.

—¿Qué vale eso! En la que yo trabajo economizamos al trimestre esas cien pesetas sin más que tener cuidado de no poner los puros sobre las u.

Pío SILBÉN.

STANLEY.

(CONTINUACIÓN.)

Cuando ocurrió la muerte de aquel honrado mercader, en 1861, toda la América estaba en plena efervescencia, á consecuencia de la elección de Abraham Lincoln, y no tardó en estallar la guerra entre los Estados del Norte y los del Sur.

John Rowland, que no iba á llamarse en lo sucesivo más que H. M. Stanley, en recuerdo de aquel excelente protector que acababa de perder, se alistó en el ejército confederado y tomó parte, bajo las órdenes de Johnston, en todas las batallas de este general, especialmente en la de Pittsburg, en la cual fué hecho prisionero. Logró escaparse, más sin duda llegó á persuadirse, en aquel intervalo, que la causa justa era la del Norte; porque, al volver al servicio en 1863, se alistó en la marina federal.

Al cabo de un año era subteniente afecto á la comisaría, á bordo del navio-almirante Ticonderoga, y bien pronto se le ofreció ocasión de distinguirse, yendo á nado, bajo el fuego de un fuerte, á dar una amarra, á 500 metros de distancia, á la proa de un vapor confederado cuya tripulación acababa de rendirse á los cañonazos del Ticonderoga. Este brillante hecho valió al joven Stanley el nombramiento de alférez, con 8.750 pesetas de sueldo.

Tres años después, hecha ya la paz, el Ticonderoga estaba fondeado en la rada de Constantinopla. El joven alférez obtuvo una licencia y la aprovechó para visitar su país natal. Pero se consideraba ya como ciudadano americano, y desde luego su grado equivalía á reconocerle como tal. Si la curiosidad le atraía á los sitios donde trascurrió su triste infancia, lo cierto es que no podía conservar tiernos afectos ni á la madre que le tuviera abandonado ocho años en un hospicio, ni á los parientes que siempre consideraron su nacimiento como un motivo de sonrojo. La Gran Bretaña había sido para él despiadada madrastra; la libre América habíale abierto los brazos y dádole á un tiempo nombre, posición social y grado honroso. ¿Cómo no considerár como la verdadera su patria adoptiva?

Estos sentimientos íntimos se traslucían ya por síntomas visibles.—¿Cómo está el perro de mi primo, el que era maestro de escuela? Era hombre de mérito, pero pronto Jack (por sí mismo) valía tanto como él. El viejo Richard Price que le había enviado al workhouse, sin que ni una sola vez fuera á verle, trató de presentarse á él. Stanley no se dignó estrechar su mano ni dirigirle la palabra.

La estancia de Stanley en su tierra, en 1868, no duró menos de mes y medio. Su madre solo supo que había cambiado de nombre cuando se recibieron cartas dirigidas al de J. M. Stanley; pero fueron tantas las instancias que con este motivo le hizo, que consintió en que le llamaran John Rowland mientras permaneciera allí.

También parece que hizo la corte á una joven paisana, miss Gough-Roberts, y aún mediaron palabras de casamiento; pero quedaron anuladas por mutuo acuerdo, y ella está casada con un arquitecto de Manchester, Mr. Bradshaw. Conserva varias cartas de Stanley, firmadas unas con este pseudónimo, y otras con el nombre que había usado en su infancia.

Al terminar la licencia el joven alférez regresó á Constantinopla, no para incorporarse á su buque, que ya no estaba allí, sino para realizar el proyecto que había formado de

visitar la Palestina y toda la Siria. Tal viaje iba á ejercer una influencia decisiva en sus destinos, revelando el talento descriptivo de que la naturaleza le dotara. Hasta entonces aún cuando había completado con asiduas lecturas la instrucción puramente elemental que adquirió en el workhouse, no había intentado siquiera escribir. Las extrañas aventuras que se halló mezcladas en el curso de aquel viaje, que fué el asunto de una narración conmovedora que publicó el Levant Herald, le revelaron á él mismo que estaba formado para ver cosas extraordinarias y para contarlas.

Con dos americanos, Noé y Cook que recorrían con él el Líbano, el Sinai, Jerusalem y todos los lugares bíblicos, cayó Stanley en poder de una compañía de bandidos cerca de Smirna, y se vió no solamente despojado de cuanto poseía, sino acusado además de ladrón por los mismos infieles. Los tres jóvenes tuvieron la suerte de salir de aquel trance y de poder regresar á Constantinopla, aunque casi desnudos, pues solo tenían unas malas mantas para cubrirse. El consúl general de los Estados Unidos tomó el asunto por su cuenta con una energía que debiera servir de ejemplo en casos tales, y los bandidos fueron presos y castigados, obteniendo del gran visir Ali Pachá las tres víctimas todas las satisfacciones é indemnizaciones procedentes. Pero la narración publicada por el Levant Herald había hecho el crédito literario de Stanley, y al volver á los Estados Unidos, terminada su licencia, abandonó la carrera naval para entrar en la prensa.

Sus primeros triunfos como corresponsal militar del Missouri Democrat y del New-York Tribune le obtuvo acompañando al general Sherman en una rudísima campaña que emprendió contra los Pieles-Rojas. Sus cartas fueron celebradas y le valieron la elección del New-York Herald para acompañar al ejército inglés en la campaña de Abisinia. Concurrió á la toma de Magdala y se distinguió de una manera sin igual llegando primero que nadie á la costa para enviar un despacho á Mr. Gordon Bennett, padre, propietario del periódico.

A esta ocasión se refiere una anécdota, tan repetida después, y atribuida á diversos corresponsales militares. No se contentó Stanley con llegar el primero al telegrafo, sino que á fin de ganar más tiempo, y asegurar á sus despachos mayor anticipación que los de sus colegas apeló al recurso de añadir á su telegrama cien páginas de la Biblia, haciéndola transmitir imperturbablemente sin cuidarse de la impaciencia de los demás corresponsales que aguardaban que les llegase la vez, llenos de coraje.

Todo esto fijó extraordinariamente la atención de la raza anglo-sajona en Mr. Stanley, acreditándole como el más renombrado de los corresponsales ambulantes. A su vuelta de Abisinia era ya célebre, y al enviarle el director del New-York Herald en busca del elemento Livingstone bien sabía que fiaba la empresa en buenas manos. Sabido es el éxito prodigioso y resonante que obtuvo la misión del gran periodista.

A ese viaje en busca de Livingstone, realizado á expensas de Mr. Gordon Bennett, siguió la primera exploración del continente negro, costeada por el New-York Herald y el Daily Telegraph; después la del Congo, cuyos gastos sufragó la Asociación belga.

Volviendo al objeto principal del origen de Stanley, se ha comprobado que, ya acreditado de hombre célebre, continuaba sus visitas á la tierra natal. Un redactor del Western Mail obtuvo sobre este punto, hace cosa de tres meses, informes directos de labios de la misma mistress Jones, madre del ilustre explorador, hoy difunta. Hallábase ya en el lecho mortuario cuando él la visitó, en la quinta que habitaba con su marido, lindante con las paredes de Bodelwyddan Park, cerca de San-Asaph, en el país de Gales.

En aquella humilde casa, según refiere, todo respiraba holgura, comodidad y limpieza. Una buena lumbre ardía en la chimenea; el aparador y la mesa brillaban como espejos; en las paredes un grabado representaba un ciervo, el Monarca de los bosques; un dibujo al lápiz, de más reducidas dimensiones, tiene esta leyenda:

THEODOROS, REY DE ABISINIA.
Dibujado del natural, después de la toma de Magdala, por H. B. Holmes, arqueólogo agregado á la expedición.
Ofrecido por él á su amigo Stanley.

El reporter, cortesmente acogido por Mr. Jones, solicitó ver á la enferma, diciendo su nombre y profesión. Mr. Jones responde que su esposa está muy débil y que se ha negado siempre á dejarse interrogar por los representantes de la prensa, porque sabe que le disgusta á Stanley. «Una vez se propuso un periódico ilustrado publicar su retrato, pero ella pidió parecer á su hijo el cual suplico que no autorizase tal publicación; á la respuesta, firmada Stanley, acompañaba una gruesa suma á título de compensación de la prima ofrecida por el periódico.» Con todo, ante la insistencia del reporter Mr. Jones consiente en subir á consultar á su esposa si accede á recibir la visita.

(Se concluirá.)

metros de distancia, y se trasmite por el hilo conductor muy amplificada y robustecida.

El físico Mr. Gaiffe ha dado una forma más elegante y perfecta al Micrófono. Su modelo se diferencia del ideado por sir Hughes en que se ha suprimido el prisma de madera, en que los cubos están sostenidos por unos porta-carbones de metal, y en que el superior está apoyado en una columna de bronce que le permite moverse en sentido vertical, dejando, por lo tanto, el espacio que se cree necesario á la barrita, para que con holgura pueda apoyar sus extremos sobre los carbonos, de lo cual depende, como hemos dicho, la sensibilidad del aparato. El circuito se cierra con los hilos que parten de dos conos huecos de metal, colocados sobre la tabla que sirve de base al instrumento.

Ultimamente ha modificado el Micrófono Mr. Gaiffe, sustituyendo la barra cilíndrica con una hoja de la misma sustancia, cuadrada y muy delgada. Esta hoja, que está biselada por sus lados superior é inferior, puede moverse en una ranura abierta en el carbón inferior, apoyándose únicamente en el superior, con lo cual ha conseguido el autor dar al aparato mayor sensibilidad y mejores condiciones para transmitir la palabra con más energía y perfección.

En las teorías de la acústica puede decirse que el hombre ha llegado casi á la perfección. El Micrófono es la última palabra pronunciada por la ciencia, y fundado en este novísimo descubrimiento hemos visto en el artículo anterior cómo el Dr. Ochorowicz ofreció un concierto á los miembros de la Sociedad internacional de electricistas en París, que todos escucharon á la vez, á pesar de hallarse los profesores en el extremo opuesto de la capital.

Con este perfeccionamiento, el Teléfono de Bell recibe la palabra en su embocadura, la electricidad la conduce en sus invisibles alas, y cuando debilitada por la excesiva distancia que debe recorrer, llega á la estación de su destino, el Micrófono la amplía, la robustece, y el receptor la repite con el mismo acento y con igual energía que si estuviese á nuestro lado la persona que la pronunciara. Bendigamos una y mil veces los nombres de Hughes, Gaiffe, Morse, Bell y Edison, que por distintos medios han contribuido con sus maravillosos descubrimientos al engrandecimiento de la humanidad!—A. S.

A MI FUTURA MUJER.

Y ¿cómo vas á ser, rubia ó morena?
¿Dejaste ya sobre la patria arena la leve huella de tus pies de diosa, ó suspira aún mi mar con honda pena por reflejar en su extensión serena los dulces trazos de tu faz de rosa?

¿Eres alguna de las cien mujeres á quienes yo saludo en el paseo ó en las tertulias trato, ó formas, para mí desconocida, en ese grupo anónimo á quien solo saluda mi recato con los ojos, lo más con el deseo?

¿Te he seguido algún día por las calles de mi ciudad querida? ¿Pisé contigo los nativos valles? ¿En mi oscura ribera entristecida seguí, cautivo de tu airoso porte, los giros de tu falda, ó te dejé á mi espalda en el revuelto infierno de la corte?

¿Ya en tu hermosura el corazon se abrasa y en tus amores arde ó no te he visto aún? ¿Fuiste á mi casa á tomar chocolate alguna tarde, ó allí no te conoces? ¿Te he cogido, al pasar por tu lado, la sombrilla ó el libro, que al descuido dejaste tí caer con gran cuidado?... ¿Cómo tienes los ojos? ¿Brilla en ellos la esplendorosa luz del mediodía refulgente y serena, ó, sin ser menos bellos, con sombras de gentil melancolía te los enluta misteriosa pena?

Yo te advertí que en todos encuentros, siendo hermosos, dulce encanto, y pues versos te haré de todos modos para cantar mis dulces alegrías, todo es variar el canto, y hacerte, en gratas horas placenteras, si me los traes azules, peteneras, y si negros, nocturnos y elegías.

¿Cómo andas de primores? ¿Sabes tocar el piano? Es lo probable. ¿Bordas pañuelos y remedias flores? Todo sirve de mérito en tu abono. ¿Cantas también un poco? Bueno es eso si lo sabes hacer; mas si no sabes... en fin ¿qué hemos de hacerle? Te perdono que otros crímenes hay mucho más graves. Por lo demás, te advierto que aunque no pintes platos, no te culpo, y aunque á caballo montes, te disculpo. Cuanto á la ortografía ya sé que tengo que pasar por todo y que es tan vuestra y tan común la falta que, de no perdonarla, no habrá modo de ingresar en la grave cofradía.

Otra duda me asalta. ¿Te casarás conmigo por casarte, cansada ya y rendida de esperar mejor suerte y mejor mozo, ó aceptarás con gozo mi mano, decidida á preferir á una gentil figura otra clase de dones verdaderos... que tampoco has de hallar, oh virgen pura, pues no hay tales carneros?

En fin, de cualquier modo yo al mandato del cielo me someto y nada exijo y aún me avengo á todo. Prisa no tengo de mirar tu cara; mas desde aquí mi ingenuidad declara que habré de ser casado; pues ya tengo observado cuánto viva mejor que los solteros esa otra multitud de caballeros; cuánto más respetados de la gente, y lo gordos que están y vanidosos, lo bien que con su suerte se conforman, y cómo se les hace prontamente de todas las diversas asambleas que en el pueblo se forman, y salen diputados, presidentes de juntas, asociados, vocales, senadores, secretarios también y regidores.

Sentado, pues—aunque sin prisa alguna, como ya me parece que he advertido— aquí te espero en mi cabana abierta, oh tú, quien quiera á quien la vil fortuna traiga á pasar por tan humilde puerta. Al trance decidido, como quiera que fueres, yo te espero, que no quiero decir cómo te quiero por no tener mañana que avergonzarme ante la turba vana, cuando á ajustar no acierte el gusto antiguo con la nueva suerte.

E. MENÉNDEZ.

El público, sobre todo el público de provincias, como dicen los madrileños con cierto desdén ridículo, conoce poco el teatro por dentro, y suele tener una idea muy equivocada de lo que entre bastidores sucede. Yo me propongo contarte la verdad, sin ambajes ni rodeos, y con una sinceridad de que en la corte no podría hacer gala, por razones personales.

Sin embargo una advertencia he de adel-

lar á ustedes, que desearía no echasen en olvido. En este trabajo no se va á aludir á nadie directamente, y se pasará de listo y de perspicaz el que en los tipos que voy á tener el honor de presentar á ustedes vea los retratos de personas determinadas.

¡Nada, nada de alusiones!
Por lo demás, hablarémos, si nos dan mimbres y tiempo, del autor novel, del autor de la casa, del primer actor, de la primera actriz, de los ensayos, de los estrenos, y de todo, porque aseguro, siguiendo el similitud indicado, que hay muchos cosas que hacer.

Conque caballero, Vd. ya conoce el local y hasta á las personas que le habitan, y no tiene Vd. necesidad de que yo le guíe; pase usted adelante.

Y Vd., señora, olvide todas esas cosas que le han contado de la gente de tablas, y pase usted también. Yo le aseguro que no ha de ver ni oír nada que le escandalice...

¡Palabra de honor!
S. DE TRASMERA.